

## TEXTOS DE II MARA

### *Diferentes Capítulos del libro*

#### ÍNDICE

1. Cuidadito con las ilimitaciones, cariño	11
2. El exceso castiga la sensibilidad	32
3. Ser todo te obliga a dejar de ser alguien	46
4. No quiero poseerte, ni quiero que me pertenezcas	73
5. Este Alfred tiene ojos de demonio, Olivia	88
6. ¿Qué es el amor, a fin de cuentas?	114
7. Qué cosa más compleja lo del Bien y el Mal	124
8. La materia y nada es lo mismo	159
9. Hay amargos que nunca podrán endulzar	178
10. ¿Qué habrá de definitivo, al fin?	198
11. ¿Es una idea o es un hecho?	225
12. Quise ser tantas cosas que al final no fui nada	244
13. Mizra Palm quiere ser normal	287
14. El amanecer desnuda de la impertinencia	314
15. Lo Inmenso da todo, pero exige lienzos en blanco	330
16. Hay culos que destrozan las ideas	353
17. Para matarle, señor, dispárale la flecha de Brahma	378
18. El silencio indescriptible de ser tú misma	407
19. Los cerebros excitados se llevan mal con la serenidad	428

## 17. Para matarle, señor, dispárale la flecha de Brahma

“La calle estaba fría. Yo, mal.

Hay veces que necesitas una copa.

Hacía días que me rondaba una turbulencia verdosa de las que acorralan el cerebro, y me sentía incapaz de poder eludirla. Nunca pensé que iba a tener que vérmelas con tanta decrepitud. Me siento fuera de cualquier escala de valores, pero sigo enredado en lo humano. ¿Qué valores? Absolutamente todos los que pueda tener un humano. De ahí el amargo alcance del conflicto: haber sobrepasado todo posible valor y seguir de cuatro patas en la limitación. La incapacidad de trascender lo limitado te hace pensar en cualquier forma de aniquilación. Seguramente el mortal desespero de muchos románticos: ante la imposibilidad de alcanzar la Infinitud intuida se hace más llevadera la Muerte. Otra.

Una más, para ver si las próximas cartas vienen mejores.

O vienen nereidas voluptuosas que se nos abran de piernas y nos embelesen. Lo mío era distinto. Contrario, para ser exactos: una vez transcendida la limitación, negarse a soportar el regreso a la índole limitada de lo humano. A volver a ser miserable después de experimentar todas las glorias. Perder las posesiones materiales se queda en un juego de niños comparado con la ingente tarea de tener que comprimir de nuevo un espíritu que experimentó la ilimitación.

Lo inmenso no tiene marcha atrás.

Después de haberte ilimitado da risa todo lo que puede ofrecer este mundo. ¿Poder para dominar a otros humanos? ¿Qué interés podría tener dominar lo limitado? No necesito dominios perecederos incapaces de acompañarme hasta la eternidad. Dinero, ¿para qué? ¿Para hacer lo que uno quiere? Ya hago lo que quiero. La Libertad no depende del dinero. El que todavía valora el dinero tardará mucho en ser libre. *Hizo lo que le dio la gana*, dirá el granito de tu epitafio, dice siempre Olivia. *Y lo seguirá haciendo*, añadirá Nicole siguiendo mis instrucciones. ¿De qué sirve la libertad acartonada que el dinero puede comprar? ¿Y qué si cualquier día de estos transmuto un armario de roble en una montañita de cuatro millones de dólares en billetes de cien? Ni pizca de gracia iba a tener. Vaya gesta. Una ridiculez. Sexo, para qué hablar. Drogas, por favor. Amor, ¿qué amor? Dame todo el amor que pueda sentir lo humano y te diré: nada, ilusión, fantasía. ¿A quién amar? ¿Hombre? ¿Mujer? ¿Animal?

¿Todo? ¿De qué amor podríamos hablar en medio de tan espantosa limitación? No quiero ser bueno, ni respetable, ni concordante con ley alguna, ni amar para ser amado, ni dominar, ni poseer, ni experimentar, ni ser ilusorio, ni ser alguien. ¿Qué queda realmente? ¿De qué nutrirse, al fin? De ser patriota, de pagar impuestos, de una familia, de lo sensorial, de ser ejemplar, de tener sentido común, de trabajar, de poseer una casa, un coche, de irse de vacaciones, de tener seguridad social, de suscribir fondos de pensiones, de tener buenos informes bancarios, de creer en Dios, de pensar que porque vas a la iglesia ya eres bueno, de decir Señor, Señor, de comprar bonos del Tesoro, de ser adorable, deseado, afortunado, de gozar de una salud envidiable, de ser importante, de ser ecologista, de cuestionar la vanguardia ideológica, de cuestionar la estética, de salir en la tele. ¿Resulta algo de esto interesante? Nada de esto resulta interesante. ¿Suicidio? Tampoco. He oído hablar de la Puerta de las Siete Llaves que abre a la Inmortalidad. De que existe un agua que en beberla no tendrás más amargura.

Esta es la turbulencia que me enloquece en el ojo del huracán: ya ningún valor para mí es valor.

He convertido todas las metas posibles de lo limitado en algo que no tiene sentido. Puede que haya ido demasiado lejos, es verdad. Lejos o cerca, no parece que sepa regresar. Desde donde estoy veo a todo el mundo entretenido en una nada espantosa, perdidos en una ficción incomprensible. Tan ficticios, que ni siquiera tratan de buscar un sentido. ¿Dónde hay realmente algo que pueda llegar a interesar? Quién lo sepa que me lo diga. Busca el sentido en las pequeñas cosas, dicen los enterados. Buscadlo vosotros, a mí me va lo grande. ¿Qué buscan los que buscan a Dios? El sentido que no da la autonomía de la Mente. La Ilustración tiene la culpa de todo, dicen en Roma. Sueña Pilarín, dicen en el Caribe. ¿Es Dios algo que poder reivindicar desde lo humano? Sí, únicamente para tratar de imponerlo en interminables guerras de Religión. ¿Habrà más guerra? Sí, mientras exista la idea de Dios. ¿Es el Mal alguna alternativa? El Mal es meloso. Convince, pero tampoco interesa. Da, pero quita mucho más. Siempre. Mira el pobre Fausto como acabó. Esta es la turbulencia que me ronda: nada trivial, nada despreciable, nada que vaya a tener solución. Cuando bordeas el acantilado, ruge el abismo y el viento sopla con furia. Oyes gemidos que vienen de lejos. Pierdes el miedo porque crece la inconsciencia. Necesitas morirte. Desaparecer.

La borrasca me llevó al Corn Exchange Bank de hace cien años. En aquel momento un Rococo apto para todos los estertores. Ideal para redefinir las malas definiciones, a prueba de huracanes que se llevan el alma con pecados y todo. Buen lugar para tomar una copa. Al Paris y Philippe Daouphars se ocuparon de convertirlo en un espléndido local donde comer y tomar unas copas. Azul cobalto ternura fingida en suelos y techo, blanco cremoso mantequilla escocesa en paredes. Un techo paciente acabado con molduras dóricas, soportado con dulzura por esbeltas columnas de capitel corintio. La barra del bar zigzaguea generosamente alargada: una gran serpiente con lomo de resina de ámbar fundida que dormita todas las noches escuchando sandeces. La espina central de fibra óptica azul fosforescente da a su encanto un toque futurista que emociona. Necesitaba un futuro, aunque estuviera revestido de azul ciencia ficción. Música de los Stones al principio, cuando los delirios pugnan por hacerse realidad. Miles Davis cuando la oscuridad se decanta para darte el primer beso. *Wild Horses* justo al entrar. Una melancólica guitarra acústica que presagia la Cabalgata de las Valkirias me hizo galopar el espíritu en el pecho con una solemnidad que casi me inmoviliza las neuronas. El estrépito de lo inconfesable. La delicia de no pensar. El placer de abandonar la mediocridad y salir del mundo.

—Como en casa— me dije al entrar.

Un variopinto sin fin de botellas distribuidas como tubos de órgano en tres filas escalonadas, duplicadas todas ellas en espejos color de bronce. Botellas y espejos por entre los que pasea, barra arriba, barra abajo, una energía femenina cansada de dar el *do* de pecho a horas intempestivas. Lleva el pelo rubio teñido, recogido de cualquier forma, descuidado: una mujer que no piensa en gustar a nadie. Una apretada camiseta granate deja intuir lo poco que hay. Para no entusiasmar a casi nadie. Un pantalón bajo de cintura deja ver el ombligo y la comba del vientre. Cualquier pantalón. Los ombligos siempre dicen cosas. Se mantienen al margen de cualquier martirio con una elegancia impertérrita.

—Estoy trabajando, no, ah, sí, oye, esta noche he soñado contigo, no, nada especial, estabas en el sueño— dice enfrascada con el teléfono móvil.

Habla distraída barra arriba, barra abajo, mitad sincera, mitad teatro, bastante quemada de no saber quién es. No sé, da la impresión de que ya no vaya a reaccionar por nada. Que un día gritó

hasta quedarse afónica y nadie la escuchó. Que reaccionó demasiado y demasiado rápido, en definitiva. Cataloga al cliente en un santiamén, sabe muy bien cómo acercarse. Aún mejor cómo alejarse. Es lógico, muchos clientes sólo la tienen a ella. Temple, se llama. Conmigo reacciona con tiento. Me respeta, sabe que algo me aleja de la normalidad, de lo habitual que ve en sus noches. Percibe una ambigüedad muy extensa, ningún firme donde poder pisar, una naturaleza poco sondable, nada de la aburrida concreción que ve a diario.

—Como todos los hombres. Nada que pueda ocultar. Cómo habla, qué mira, cómo mira, qué imagina, cómo me desnuda. Todos iguales, babear por nada, faltos de teta. De tetas— dicen aquellos ojos de niña decepcionada por su padre.

Por los hombres, en consecuencia.

—Champán con vodka, por favor— le digo.

..... **SIGUE** .....